

# PERSONAJES



A **Anton** le gusta leer historias emocionantes y espantosas, especialmente, las de vampiros, de cuyas costumbres está totalmente al corriente.

Los **padres de Anton** no creen del todo en los vampiros. Su padre trabaja en una oficina y su madre es maestra.



**Rüdiger** es el pequeño vampiro desde hace al menos 150 años, y es pequeño porque se convirtió en uno de ellos cuando era niño. Anton le conoció un día en que se encontraba solo en casa. Anton temblaba de miedo, pero el pequeño vampiro le aseguró que ya había «comido». Es más, le cayó muy bien después de que Rüdiger le confesara su predilección por las historias de vampiros y su temor a la oscuridad. Por si fuera poco, Rüdiger regaló a Anton una capa, y juntos volaron hacia el cementerio y la Cripta Schlotterstein. Desde ese momento, la monótona vida de Anton se transforma y se vuelve emocionante.



**Anna** es la hermana de Rüdiger... su hermana «pequeña», como a él le gusta resaltar. Pero Anna es casi tan fuerte como Rüdiger, sólo que más valiente y decidida. También a ella le gusta leer historias espeluznantes.



**Tía Dorothea** es la vampiresa más sanguinaria de todos. Encontrarse con ella después de ponerse el sol puede resultar mortalmente peligroso.



**Lumpi el Fuerte**, hermano mayor de Rüdiger, es un vampiro muy irascible. Su voz, a veces grave, a veces chillona, demuestra que él se encuentra en los años de crecimiento. Lo único malo es que no saldrá nunca de este difícil estado, porque se convirtió en vampiro durante la pubertad.



**Geiermaier y Schnuppermaul.**

El primero es el guardián del cementerio; el segundo es el jardinero. Los dos persiguen a los vampiros.



**Jürgen Schwartenfeger** es psicólogo.

La madre de Anton espera de él que cure a su hijo de la «obsesión» que tiene por los vampiros. Lo que ella no sabe es que el señor Schwartenfeger también siente un gran interés por ellos, ya que ha desarrollado un programa de aprendizaje para ayudar a la gente a superar sus fobias y quiere experimentarlo con algún vampiro.

**Igno Rante** es el primer paciente del señor Schwartenfeger que participa en el programa de aprendizaje. Anton duda que sea realmente un vampiro: Igno Rante tiene el aspecto de un vampiro, pero siempre llega a la consulta antes de la puesta del sol.



## LA COSA EN LA VENTANA

Era sábado: el día en que sus padres salían de casa por la noche.

—¿Adónde vais hoy? —quiso saber Anton por la tarde, cuando su madre se estaba poniendo los rulos en el baño.

—Ah —dijo la madre—, primero vamos a cenar y luego, quizá, a bailar.

—¿Cómo quizá? —preguntó Anton.

—No lo sabemos todavía —le dijo la madre—. ¿Acaso es tan importante para ti?

—Nooo —gruñó Anton. Prefería no confesar que quería ver la película policiaca que empezaba a las once. Pero su madre ya había sospechado.

—Anton —dijo volviéndose de tal manera que podía mirarle fijamente a los ojos—, no querrás, por casualidad, ver la televisión...

—Pero, mamá —exclamó Anton—, ¿cómo se te puede ocurrir eso?

Afortunadamente, su madre había vuelto a la tarea de rizarse el pelo, de modo que ya no podía ver cómo el rostro de Anton se ponía colorado.

—Quizá vayamos también al cine —dijo ella—. En todo caso, no volveremos antes de medianoche.

Se había hecho de noche y Anton estaba solo en la casa. Estaba en pijama, sentado en la cama; se había subido el edredón hasta la barbilla y leía *La verdad sobre Frankenstein*. La historia tenía lugar en una feria anual. Un hombre con un abrigo negro ondeante acababa de salir a escena para anunciar la aparición del monstruo. Entonces sonó el despertador. Molesto, Anton levantó la vista de su libro. ¡Oh! ¡Ya casi las once, quedaba el tiempo justo para encender la televisión!

Anton saltó de la cama y apretó el mando a distancia. Entonces volvió a arrellanarse en su edredón y esperó a que, lentamente, apareciera la imagen. Pero aún ponían el programa deportivo. La habitación estaba bastante lóbrega y sombría. King-Kong, en el póster de la pared, hacía una mueca horrenda que iba bien con el estado de ánimo de Anton: se sentía salvaje y abandonado como el único superviviente de una catástrofe marítima, naufrago en una isla del sur habitada por caníbales. Y la cama era su madriguera, suave y cálida, y si quería podía esconderse en ella y no dejarse ver. Había un montón de víveres delante de la entrada de la cueva; sólo faltaba el agua. Anton pensó anheloso, en la botella de zumo de manzana que había en la nevera, ¡pero hasta allí había un largo camino a través del oscuro pasillo! ¿Debería regresar nadando al barco, pasando al lado de los tiburones sedientos de sangre

que sólo esperaban a sus víctimas? ¡¡Brrr!! Pero ¿no morían los naufragos mucho más por la sed que por el hambre?

Por tanto, se puso en camino. ¡Odiaba el pasillo, con la lámpara eternamente rota que nadie reparaba! ¡Odiaba los abrigos que se balanceaban en el ropero y que parecían ahogados! Y ahora le daba miedo incluso la liebre disecada del cuarto de trabajo de su madre, a pesar de que otras veces a él le gustara tanto asustar con ella a otros niños.

Finalmente había llegado a la cocina. Sacó de la nevera la botella de zumo de manzana y cortó una gruesa loncha de queso. Haciendo esto escuchaba para ver si había comenzado la película policiaca. Oyó una voz de mujer. Probablemente la presentadora que anunciaba el comienzo de la película. Anton se sujetó la botella bajo el brazo y echó a correr.

Pero no llegó lejos, pues ya en el pasillo advirtió de repente que había algo que no iba bien. Permaneció parado y escuchó atentamente... y de pronto supo lo que era: ¡ya no oía la voz de la televisión! Eso sólo podía significar una cosa: ¡alguien debía de haberse colado en su habitación y había apagado la televisión! Anton notó cómo el corazón le daba un salto y después le latía como loco. Y desde el estómago le subía hacia arriba un extraño hormigueo que se le quedaba en la garganta. Ante él surgieron imágenes horribles: ¡imágenes de hombres con medias en la cabeza, con cuchillos y pistolas, que se introducían de noche en casas abandonadas para saquearlas y que tiraban al suelo lo que se interponía en su camino! La ventana

de la habitación estaba abierta, recordó Anton. El ladrón podía, pues, haber trepado desde el balcón de los vecinos.

De repente se oyó un ruido: la botella de zumo de manzana se le había caído de la mano y rodó por el pasillo justo hasta la puerta de la habitación. Anton contuvo la respiración y esperó..., pero no pasó nada. ¿Acaso lo del ladrón eran sólo figuraciones? Pero entonces ¿por qué ya no funcionaba la televisión?

Levantó la botella y abrió cautelosamente la puerta de su habitación. Llegó hasta su nariz un curioso olor raro, como el del moho, y así como si se hubiera quemado algo. ¿Vendría de la televisión? Rápidamente retiró el enchufe. Probablemente se habían quemado los cables.

Entonces Anton oyó un extraño crujido que parecía venir de la ventana. Y de pronto creyó ver detrás de las cortinas una sombra que se perfilaba en la clara luz de la luna. Muy lentamente, con las rodillas temblándole, se aproximó de puntillas. El extraño olor se hizo más fuerte; olía como si alguien hubiera quemado una caja de cerillas entera. También el crujido se hizo más fuerte. De repente Anton se quedó parado como si hubiera echado raíces...: en el alféizar, delante de los visillos que flotaban con la corriente de aire, estaba sentado algo y lo miraba fijamente. Tenía un aspecto tan horrible que Anton pensó que iba a caerse muerto. Dos ojos pequeños e inyectados en sangre relampagueaban frente a él desde un rostro blanco como la cal; una cabellera peluda le colgaba en largos



mechones hasta una sucia y negra capa. La gigantesca boca, roja como la sangre, se abría y cerraba, y los dientes, que eran extraordinariamente blancos y afilados como puñales, chocaban con un rechinar atroz. A Anton se le erizó el pelo y se le detuvo la sangre en las venas. ¡La cosa de la ventana era peor que King-Kong, peor que Frankenstein y peor que Drácula! ¡Era lo más espantoso que Anton había visto jamás!

A la cosa parecía divertirse ver temblar a Anton con un miedo de muerte, pues ahora hizo con su gigantesca boca una mueca horrorosa con la que dejó completamente al descubierto sus colmillos, agudos como agujas y muy salientes.

—¡Un vampiro! —gritó Anton.

Y la cosa contestó con una voz que parecía salir de las más lóbregas profundidades de la tierra:

—¡Sí, señor, un vampiro! —y de un salto había entrado ya en la habitación colocándose delante de la puerta—.

¿Tienes miedo? —preguntó.

Anton no pudo articular ni un sonido.

—¡Pues estás bastante flojucho! No hay mucho que sacar, creo yo —el vampiro lo examinó con una mirada salvaje—. ¿Y dónde están tus padres?

—En el ci... cine —tartamudeó Anton.

—Ya, ya. Y tu padre, ¿está sano? ¿Buena sangre?

Al decir esto el vampiro se rio para sí y Anton vio brillar los colmillos a la luz de la luna.

—¡Como tú seguramente sabes, nosotros nos alimentamos de sangre!

—Yo tengo una sangre muy ma... mala —tartamudeó Anton—. Siempre tengo que tomar pa... pastillas.

—¡Pobre de ti!

El vampiro dio un paso hacia Anton.

—¿Eso también es verdad?

—¡No me toques! —gritó Anton, intentando hacerse a un lado. Chocó precisamente con la bolsa de los ositos de goma que estaba delante de su cama y estos rodaron por la alfombra. El vampiro soltó una ruidosa carcajada. Sonó como un trueno.

—Mira, ositos de goma —exclamó, apaciguándose—, ¡qué monada! —agarró un osito de goma—. Antes yo también tenía siempre algunos —susurró—, de mi abuela.

Se metió el osito de goma en la boca y lo masticó de un lado a otro durante un rato. De repente lo escupió, lanzándolo lejos, y empezó a dar graznidos y a toser. Al mismo tiempo profería los más espantosos juramentos y maldiciones. Anton aprovechó la ocasión para ponerse a cubierto tras el escritorio. Pero el vampiro se había quedado tan débil por el ataque de tos que se hundió en la cama y no se movió durante minutos. Entonces sacó de debajo de la capa un gran pañuelo manchado de sangre y se limpió larga y detenidamente la nariz.

—Esto sólo puede pasarme a mí —sollozó—. Mamá me lo había advertido categóricamente.

—¿De qué te advertió? —preguntó curioso Anton. Detrás de su escritorio se sentía considerablemente mejor.

El vampiro le lanzó una mirada colérica.

—¡Porque uno, como vampiro que es, tiene un estómago sensible, tonto! Lo dulce es veneno para nosotros.

A Anton le dio verdadera pena.

—¿Puedes aguantar entonces el zumo de manzana? —quiso saber.

El vampiro dio un grito de espanto.

—¿Quieres envenenarme? —bramó.

—Perdóname, por favor —dijo apocado Anton—, sólo pensaba que...